

JUSTICIA TRANSICIONAL Y LA FIGURA DEL FANTASMA EN *CRIBA* DE JULIÁN PÉREZ

Eric Carbajal
California State University, Fullerton

*"En qué tribunal se ha visto, yanañawicha,
castigar al inocente, sunichukchacha.
Aquí estoy, aquí me tienes
pagando culpas ajenas"*
Huaino tradicional (Pérez 75-76)

Introducción

Examinar un periodo de violencia política en particular requiere también identificar o reconocer la etapa de análisis en la que se encuentra la sociedad. Una evaluación de los eventos ocurridos tiene cualidades o procesos disímiles si se analiza la violencia mientras está ocurriendo, en el periodo en el que la violencia culmina o se va disipando, o si ya han pasado años o décadas desde la culminación de dichos fenómenos. La novela *Criba* (2013) del escritor peruano Julián Pérez se publica y tomar lugar en una sociedad de posguerra en el Perú que propone una reexaminación de la violencia política de su pasado reciente (1980-2000), pero también los trabajos de reconstrucción y reconciliación civil entre su protagonista y la sociedad en la que vive. En este capítulo analizo los mecanismos de justicia transicional en la novela para exponer una disparidad entre lo local y lo global en torno al entendimiento y la percepción de la justicia a raíz de hechos violentos del pasado. Para ello propongo que los fantasmas en la novela, a través de la figura del desaparecido en el contexto andino, funcionan como agentes de responsabilidad y esclarecimiento en la búsqueda de la justicia.

La protagonista de *Criba* es Evangelina Delgadillo, una antropóloga que retorna a su ciudad natal de Huamanga¹ luego de años de ausencia para superar la muerte de sus seres queridos y reflexionar sobre los efectos psicológicos de lo vivido durante el conflicto armado entre el Estado peruano y grupos insurgentes. Según el *Informe final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) en el Perú, ninguna guerra o conflicto político armado en la historia del Perú como república ha cobrado tantas vidas como este conflicto (Tomo VIII 315). De las 69 280 víctimas entre los años 1980-2000, la CVR estima en sus conclusiones que 54 % de las muertes fueron causadas por Sendero Luminoso, 30 % por las Fuerzas Armadas del Perú, 14 % por rondas campesinas y comités civiles de autodefensa y 2 % por el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (Tomo VIII 315-23). En efecto, Evangelina había vivido la violencia de cerca y había sido profundamente afectada por las desapariciones de su hermano, Saturnino Delgadillo, y su enamorado de la juventud, Manuel Bajalqui; ambos miembros de Sendero Luminoso. Estructuralmente, la novela está dividida en capítulos paralelos que van narrando tres perspectivas, espacios y tiempos diferentes: 1) el retorno de Evangelina a Ayacucho, 2) el encuentro entre cinco amigos en una cantina y 3) las páginas de un manuscrito escrito por Manuel sobre su crianza en el poblado de Pumaranra. Como observa Amancio Flores sobre el retorno de Evangelina: “Su recorrido por la ciudad de Huamanga es el reencuentro con un espacio inexistente, posconflicto armado, donde la modernidad y la forma de vida de habitantes resultan siendo ajenos para ella” (209). Esta desidentificación con su ciudad natal se manifiesta en términos psicológicos, al sentirse ella “lisiada” (Pérez 16) y sufrir “un trauma, una permanente perturbación difícil de articular en palabras” (31), y en términos sociales porque no solamente se encuentra distanciada de su ciudad natal sino también del país entero: “Esta patria que yo no la siento totalmente mía” (143). La razón para el distanciamiento con su país y su sociedad podría ser el trauma de lo vivido, pero también evidencia la desconfianza y el recelo que todavía tiñen el ambiente compartido por los ciudadanos. Precisamente es lo que deja entrever la protagonista en reflexiones como la siguiente:

Quisiera compartir algunas ideas y sentimientos con alguien. Pero eso no es posible aquí y ahora. En la vivienda en la que estoy hospedada, como ya tengo dicho, sólo vive un muchacho en exceso ensimismado. No me dice sino apenas “buenos días” o “buenas noches” y, casi al vuelo, cierra su cuarto. Me parece un individuo muy raro. ¿Será que ha sido tocado por la guerra de los 80 de manera atroz? (182)

1 Huamanga o Ciudad de Ayacucho son los dos nombres que se usan de igual manera para referirse a la ciudad capital del departamento de Ayacucho. En la novela también se usan ambos nombres.

Como se puede observar, el “aquí y ahora” de esta sociedad revela un distanciamiento social en el que los efectos de la violencia del pasado parecen rondar aún en el imaginario colectivo. Este contexto escondido, pero visible a la vez, es importante de advertir en todo lo que ocurre en la novela, y en el análisis de este trabajo, porque ayuda a entender mejor el proyecto literario de Pérez. Una sociedad de posguerra como la representada en *Criba* también permite observar mecanismos de justicia transicional que pueden estar ocurriendo en varios niveles y ámbitos complejos: local / global, regional / nacional, individual / colectivo, público / privado. Estas dualidades contextuales nos permiten observar de cerca las perspectivas alternas a, por ejemplo, discursos oficiales de parte de instituciones del gobierno o entidades internacionales, pero también los esfuerzos locales y civiles que contribuyen democráticamente a procesos de búsqueda de la verdad y de justicia.

Como explica Kimberly Theidon, *justicia transicional* se refiere a mecanismos y procesos (“Truth commissions, trials, tribunals, apologies, lustration, reparations, reconciliation”) como componentes de política contemporánea y cambios de regímenes, y que el trabajo de la memoria sirve para frenar futuras violaciones de derechos humanos: “More memory = more truth = more justice = reconciliation” (295). En el caso peruano, el sistema judicial durante el conflicto armado interno no investigó seriamente las denuncias de violaciones de derechos humanos y a menudo era cómplice en facilitar impunidad para los responsables (Burt 385). Ante esta posibilidad de amnistías y blindaje para perpetradores de crímenes de lesa humanidad, Jo-Marie Burt añade que una transición a causa del colapso de un régimen provee el espacio idóneo para procesos criminales porque “powerful economic and military elites who might oppose such trials have been weakened and political elites may pursue a prosecutions strategy to differentiate the new regime from its predecessor” (385). Efectivamente, con la caída del régimen de Alberto Fujimori en el Perú en el año 2000 y el gobierno transitorio de Agustín Paniagua (2000-2001), se abrió un espacio para debates e investigación de hechos ocurridos durante el conflicto armado interno, así como la creación de una comisión de la verdad. Estas iniciativas, aunque frágiles, permitieron un punto de partida donde sectores silenciados anteriormente pueden crear caminos que los lleve a exigir justicia y, a la vez, contribuir a la (re)construcción de la memoria histórica en el país. Testimonios y “narrativas alternas”, como observa Jean Franco con el caso de Argentina y el uso de las fotografías de desaparecidos, “pueden servir para destruir la historia oficial y exigir de manera contrafáctica que [sus familiares] fueran regresados con vida” (39). En el caso peruano también hubo muchas iniciativas desde diferentes sectores del país y desde el

extranjero para esclarecer lo ocurrido durante las dos décadas de violencia, para así proveer resultados tangibles, atacar la impunidad y retornar a la democracia. La representación de estos procesos en *Criba* puede ser implícita o explícita, pero apunta a contextualizar en gran parte la complejidad de la violencia del pasado como también los efectos psicosociales en el presente.

Sobre la complejidad y los muchos desafíos y problemas de representar “cuerpos ausentes” luego de periodos de violencia política, Diana Taylor observa:

As I see it, we have no choice. *Not* representing real political violence and atrocity only contributes to its legitimization and perpetuation. Rather than *whether* we should attempt such an undertaking, the question is *how* to represent this violence, how to think and write about these bodies? What do these invisible bodies *mean*? Who determines that meaning? How are we being asked to respond to these representations that make conflicting tugs on us as witnesses, spectators, artists, activists, and scholars? How do we hold onto the significance of the “real” body even as it slips into the symbolic realm through representational practices? (147)

La estrategia que incorpora Julián Pérez en esta novela es responder a estas preguntas a través de personajes múltiples o más bien, cuerpos que deliberada y abiertamente se representan como un colectivo vivo y complejo. Este amalgamamiento de experiencias y testimonios evita la simplificación de factores culturales y sociopolíticos, así como alejarse de pretender representar *la* historia verdadera y, más bien, proveer el registro de la ficcionalización de eventos reales para no punzar demasiado heridas aún dolorosas para miles de ciudadanos. Es decir, lo que se observa en la novela es que, si bien un sector mayoritario de la sociedad peruana en posconflicto está comenzando a experimentar una aparente paz social, hay muchos personajes que viven con la violencia del pasado aún latente muy dentro de sí. Tal como lo explica Franco:

Para padres y familiares la desaparición de un hijo o una hija, de un padre o una esposa, implicaba meses y años de una pérdida agónica. Esto era una triple privación –del cuerpo, del luto y de un entierro–, y en los países del Cono Sur se agravó en los años posteriores a la dictadura a causa de las amnistías que protegían al ejército. (265)

Y es éste el enfoque que incorpora la novela de Pérez: el de narrar desde diferentes perspectivas la experiencia de tener que seguir sobreviviendo en una sociedad de posguerra con familiares todavía desaparecidos.² Y para finalizar esta

2 En el año 2003, la CVR reportaba un total de 2 144 “presuntos desaparecidos” (Anexo VII 4). En 2021, el RENADE (Registro Nacional de Personas Desaparecidas y de Sitios de Entierro) contiene 21 334 registros de personas desaparecidas (Reporte 1).

breve contextualización sobre el fenómeno latinoamericano de desapariciones, es útil incorporar la contribución de Avery F. Gordon sobre *haunting* o fantología:

To confront those who become *desaparecido* (disappeared) under the auspices of state-sponsored terror in Argentina . . . is to contemplate ghosts and haunting at the level of the making and unmaking of world historical events . . . A disappearance is real only when it is apparitional because the ghost or the apparition is the principal form by which something lost or invisible or seemingly not there makes itself known or apparent to us. The ghost makes itself known to us through haunting and pulls us affectively into the structure of feeling of a reality we come to experience as a recognition . . . the ghost is alive, so to speak. We are in relation to it and it has designs on us such that we must reckon with it graciously, attempting to offer it a hospitable memory *out of a concern for justice*. Out of a concern for justice would be the only reason one would bother. (63-4)

La impunidad y el olvido de casos pendientes por investigar pueden ser tan nocivos como el trauma mismo de haber perdido a un familiar, puesto que no permiten a las víctimas sobrevivientes continuar con su día a día. A nivel colectivo e individual, los procesos de justicia transicional van de la mano con el proceso de duelo: Más memoria = más verdad = más justicia = reconciliación (Theidon 295). Mientras estos mecanismos no se complementen y tengan un camino libre por el que puedan avanzar, el duelo colectivo será más difícil de sobrellevar porque el trauma individual que muchas personas tratan de superar seguirá siendo alimentado por condiciones sistémicas que impiden rendir cuentas a los responsables y buscar justicia para los afectados. Y como se verá a lo largo de este trabajo, muchas veces parece que el fantasma mismo es quien lidera el proceso de duelo, de recordar y de exigir justicia.

El duelo y el rastro de Evangelina

El personaje de Evangelina aparece como la protagonista y enlace entre los tres hilos narrativos que estructuran la novela puesto que, a través de sus reflexiones y monólogo interno, aparece el contexto tanto de la novela como del periodo posconflicto en el que se encuentra. También se puede observar que ella misma se impone varias responsabilidades como la de reportar lo ocurrido durante los años 80 y ser la voz de sus seres queridos desaparecidos para mantener su memoria viva. Asimismo, el texto vincula esta experiencia individual de Evangelina con la memoria colectiva de las víctimas de la violencia en la región de Ayacucho. En este apartado se podrá observar la representación de los estragos de la sociedad civil por mantener activos los esfuerzos de justicia y de la constante búsqueda de la “verdad” en el ámbito local. Es decir, el viaje reflexivo y existencial que realiza

Evangelina es una experiencia compartida que las víctimas de la violencia ejercen mientras levantan la voz por sus desaparecidos y, a la vez, tratan de “borrar el rastro” de su dolor.

Inicialmente, Evangelina explica que su retorno a Ayacucho sigue la tradición de visitar la tumba de sus familiares y llevarles flores, pero también “indagar, ahora con más libertad, sobre el destino de mi primer amigo [Manuel]” (Pérez 15). Sin embargo, sus acciones y reflexiones posteriores revelan que en cada momento busca un reencuentro con sus difuntos. Esto se ejemplifica cuando al caminar por el portal de una iglesia de Ayacucho, confunde a una desconocida con su difunta madre:

Un llanto de alegría asoma por mis ojos; mi corazón late a cien por hora. De pronto voy a correr hacia ella con los brazos abiertos. No me interesa si estoy viva o muerta, lo que importa es que acabo de encontrar a mi madre después de mucho tiempo. Pueda que me haya vuelto de verdad una loquita, de modo que lo que veo a un metro de distancia no es sino una ilusión, una figuración materializada de mi madre. (166)

Aunque eventualmente se da cuenta de que la mujer a quien ha abrazado no es su madre, la cita revela el dolor que lleva dentro de sí y que aún no ha podido superar, pero también la imagen fantasmal de su madre. Este impulso que logra nublarle la vista es posible entenderlo si se toma en cuenta que Evangelina todavía no ha superado la muerte de su madre y acaso todavía se encuentre dentro de un periodo de duelo, añadido al de su hermano y su enamorado desaparecidos. Es así que la protagonista decide transformar sus diez días de vacaciones en Ayacucho en un proceso de duelo por las muertes de su madre, su hermano y Manuel, su “primer amor”. Mientras visita los sitios recorridos con ellos, todavía busca su presencia que ya no se manifiesta en los espacios compartidos en el pasado: “He repasado también con la vista todos los rincones hasta donde abarca la mirada si por si acaso veo la imagen ubicua e inasible de mis ausentes. A nadie veo, a nadie encuentro . . .” (132). A su vez, esta ausencia parece existir paradójicamente dentro de una presencia intangible de seres que todavía habitan la ciudad de alguna manera: “Tienen que decirnos de dónde vuelven, si son casados o solteros, al menos eso no lo sabemos. Tal vez ya ni siquiera son ustedes sino solamente sus almas que retornan para borrar rastro” (28). Podría parecer solamente una reflexión poética sobre el pasado violento, pero, como se verá más adelante, la presencia de seres fantasmales es constante y significativa a lo largo de la novela. Algo más para resaltar de esta última cita es la posibilidad de que estas almas se queden en el mundo para *borrar rastro*. En otra sección de la novela, también se repite esta misma idea de “borrar rastro”, pero desde la perspectiva

misma de Evangelina: “cumplir la promesa de visitar todos mis santuarios para borrar mis huellas” (33). La representación literaria de la sociedad ayacuchana de esta manera muestra el limbo o paradoja en que coexisten vivos y muertos: los vivos se sienten cercanos a los muertos y distanciados de sus conciudadanos, mientras que los muertos “viven” entre los vivos, aunque sin ser parte de ellos.

Asimismo, esta ambigüedad de vida-muerte en la ciudadanía se manifiesta también a nivel psicológico en sobrevivientes como Evangelina quienes existen en función de un presente ambiguo e incierto y un pasado nostálgico, pero también activo y perturbador:

El pasado pesa y perturba. ¿Perturba? No, estoy mal; no es del todo así. Con frecuencia, el pasado es fuente de energía, estimula e impulsa a seguir viviendo; aunque en otros instantes se convierta en una fuerza negativa que desestabiliza de manera abrupta las creencias que gobiernan y organizan la vida de los hombres; entonces es cuando una conoce el rostro fiero de la depresión. (30)

Las fuerzas negativas y positivas del pasado y el presente inestable impiden que Evangelina haya podido seguir viviendo en paz durante años. Todo en su vivir es una contradicción entre la violencia del pasado y la paz del presente en el que decide retornar a Ayacucho (el espacio del pasado): “Hay jolgorio. Hay harta cerveza aunque ya no harta bala en los alrededores” (10). Se mezclan en esta representación del presente tres situaciones con las que muchos ciudadanos ayacuchanos como ella deben lidiar: el duelo prolongado por la muerte de sus seres queridos, el trauma por lo vivido durante los años de la violencia y, finalmente, la depresión de ver que gran parte de la población vive un presente jubiloso mientras ellos no pueden dejar atrás el pasado. No obstante, es necesario recalcar también la fuerza de Evangelina por no dejarse derrotar y enfrentar esta situación en vía de una resolución. Específicamente, decide afrontar su duelo y comenzar a desprenderse de ese “rastros” o peso que ya no quiere o puede cargar.

A pesar de estar sobrellevando la pérdida de sus familiares, Evangelina parece sufrir mucho más a causa de la desaparición de Manuel, su amigo y pareja de la juventud. De hecho, a partir del viaje y la relectura del manuscrito de Manuel, Evangelina resuelve “entregarme por completo a la memoria de quien en vida fue mi primer amor” (111). Podría sorprender que un amor de juventud haya tenido tanto impacto en la protagonista. Sin embargo, es posible entender la situación tomando en cuenta que la separación amorosa de ambos ocurrió precisamente en medio de violencia y la persecución de Manuel. De esta manera, para ella el trauma de lo vivido en Ayacucho está fundido con la interrupción de la relación amorosa más importante de su vida. Al justificar por qué después de tantos años

y de muchas parejas que ella llama “convivientes” sigue pensando en Manuel, Evangelina confiesa: “Es que con él experimenté esa sensación innominable que te atrapa sin que te hayas dado cuenta ni de dónde vienes ni hacia dónde vas, y te tiene colgada no se sabe si muy arriba o muy abajo y te demuestra que se es inocente una sola vez en la vida” (15). Es así que su experiencia amorosa del pasado simboliza una herida abierta y permanente que tampoco la deja entender su propia existencia:

Por él me siento una viuda sin haberme casado. Una viuda, una suerte de perro sin amo . . . Tampoco te voy a mentir que su memoria sigue siendo un lugar traumático en mis paisajes interiores, un nudo de Borromeo, el resbaloso pececillo que no puedo coger así me estruje el alma del pozo sin fondo en donde habitan los desaparecidos... (15)

Parece que esta introspección le permite a Evangelina ser consciente de que no se trata de una pareja cualquiera del pasado y que tiene dentro de sí un trauma que por mucho tiempo no la ha dejado hacerle luto como parte de un verdadero duelo. Es también importante hacer hincapié en la mención a los “desaparecidos” que hace Evangelina y observar que, a diferencia de la muerte de su madre, Evangelina no sabe qué pasó con Manuel. Por ello siente gran responsabilidad por poseer el manuscrito que Manuel escribió en la cárcel, antes de su fuga y desaparición. Más que simbolizar una comunicación epistolar entre dos amantes, el manuscrito casi fantasmal es un documento largo y testimonial de lo que fue el crecimiento de Manuel. Acaso por ello se asigna la tarea o el ritual de repasar el texto mencionado como si se tratara de una especie de rosario durante un velorio: “Las noches las dedicaré exclusivamente a releer el manuscrito dejado por mi amigo, si fuese posible letra por letra” (19).

Es llamativo que Evangelina termina quitándose la vida al final de la novela y que esto casualmente coincida con la culminación de la “relectura” del manuscrito de Manuel. Ante la posibilidad de seguir viviendo con el trauma de la violencia, no recibir un tratamiento psicológico adecuado, la imposibilidad de saber qué fue lo que ocurrió con Manuel y darse cuenta de que está completamente sola en el mundo, no ve otra solución viable que la de *borrar su rastro* del mundo completamente y de seguir a sus seres queridos en donde quiera que estén.

CVR y la lucha por la memoria

La novela incorpora una clara crítica hacia el *Informe final* de la CVR publicada en 2003 luego de recibir 17 mil testimonios durante los años 2001 y 2003 (Tomo I 30).

Esta crítica se debe entender dentro de un contexto de debate e intercambio de ideas sobre la violencia política que no tiene al *Informe final* de la CVR como “verdad absoluta” –a pesar de llevar la palabra *Verdad* en su nombre–, sino como un punto de partida hacia una discusión más amplia y pormenorizada. Es precisamente este aspecto de debates entre la sociedad civil e instituciones del Estado el que aparece en la novela como búsqueda de justicia y verdad. El hecho que haya pasado una década después de la publicación del *Informe final* de la CVR implica que, como sociedad, se debió haber avanzado en el proceso de justicia y esclarecimiento de lo ocurrido en el Perú desde 1980 hasta el año 2000.

Identificando a *Criba* como una “novela post CVR”, Paul Asto Valdez explica una diferencia entre esta obra y otras publicadas durante la misma época:

a diferencia de las novelas post CVR que no solo se encuentran ideológicamente afines a los resultados de la misma, sino que aceptan el discurso oficial de lo acontecido durante el conflicto armado interno, en *Criba* sucede todo lo contrario. Es decir, se cuestiona la memoria oficial y se pretende la construcción de una memoria alterna. (160)

La memoria alterna en sentido plural es sumamente necesaria en cualquier sociedad democrática. De hecho, se espera que a medida que pase el tiempo y las investigaciones avancen, nueva información surja y posiblemente contradiga la data manejada anteriormente como parte de discursos oficiales y no oficiales. Sin embargo, la crítica que la novela incorpora hacia los discursos oficiales, como el *Informe final* de la CVR, no se centra en los miles de casos reportados en su totalidad, sino en uno en específico: la atribución de la muerte de una treintena de niños y ancianos, entre otros crímenes, en el poblado de Laramate, a Manuel Bajalqui alias “camarada Uribe” (Pérez 91). En las reacciones repetidas de Evangelina a lo largo de la novela se puede leer la incredulidad y una lucha interna que siente de que el tímido enamorado de su juventud se hubiera convertido en el criminal y asesino nombrado en documentos sobre el caso:

No, no pudo haberse convertido en un demonio. Yo no podía ni puedo aceptar, ahora menos, el prontuario que le asignaron no solo la *Comisión de Verdad Verdadera*³ sino también otros documentos serios, menos serios y los engañosos de oficio. (88)

No es que estos dos libros me interesaron sólo por su contenido, que como todo escrito lo que queda fuera del discurso y lo que puede representarse precisamente es lo real y, como dicen con efectista razón los intelectuales “de la aldea global”, se manifiesta solo la

3 Se puede notar que Pérez altera el nombre de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Según Asto Valdez, se trata de un acto irónico para desacreditar el *Informe final* de la CVR y el libro *Muerte en el Pentagonito* de Ricardo Uceda (160) que en la novela aparece bajo el nombre “Agonía en el Decagonito”. Sin embargo, en la novela hay otros leves cambios de nombre de sus referentes reales, como por ejemplo “Universidad de Huamanga” por “Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga”.

metafísica de la presencia. Ni fue por la crudeza de sus informaciones ni por la ingente carga de tragedia que nos muestra o nos trata de mostrar, sino porque en esos libros hallé, oh sorpresa, cruel sorpresa, el nombre y la supuesta personalidad de mi amigo; en realidad, ya no él sino un repudiable asesino. (91)

Es por esta duda de posiblemente haber conocido a dos personas diferentes que Evangelina decide escribir lo que escribe (una de las tres líneas narrativas) y “hacer público” el manuscrito de Manuel (la otra línea narrativa) como respuesta a estos alegatos. Consecuentemente, tenemos aquí también una bifurcación de dos personajes paralelos en el personaje de Evangelina: una, la víctima que está en proceso de duelo por su amante y su hermano desaparecidos; y dos, la antropóloga que pretende investigar y reivindicar, aunque sea parcialmente, la memoria de Manuel Bajalqui. Este último objetivo también se puede entender como un proceso de justicia puesto que pretende desmentir o, por lo menos, cuestionar la información oficial. Por un lado, la enorme responsabilidad de ambos roles muestra la resiliencia de los sobrevivientes de la violencia, pero por otro, lo complejo y complicado que es exigir justicia cuando se sufre día a día las secuelas de la violencia del pasado.

Es fundamental observar también que, a pesar que Evangelina puede representar a un sector de la sociedad civil (los familiares de desaparecidos), también posee ciertos recursos que no todas las familias afectadas podrían tener. Por ejemplo, para investigar el caso de Manuel, ejerce su capital cultural como antropóloga y empleada de una ONG encargada precisamente de recobrar testimonios y empoderar a personas a contribuir a la memoria colectiva. De esta manera, su metodología y experiencia académica y laboral le permiten concluir que Manuel no pudo haber sido el senderista que lideró la matanza de Laramate por el simple hecho de que durante esos días Bajalqui estuvo en un hospital de Lima:

Todo lo cual me lleva a afirmar que lo dicho tanto por MD como por la CVV es falso de toda y cabal falsedad en este punto . . . para estar segura de lo que digo he cotejado fuentes, primicias, chismes, noticias, adelantos, primeras páginas, mis propios sueños, cavilaciones, razonamientos, tormentos y pesadillas. (312)

Desde luego que si alguien encuentra testigos y documentación suficiente como para cuestionar la versión impresa en dos publicaciones nacionales, lo mínimo que puede desear es una investigación del caso que pueda esclarecer (confirmar o desmentir) lo ocurrido en esa matanza. De igual modo, Evangelina desacredita el método de trabajo de la “CVV” al basar su versión de los hechos en sólo un testimonio de “una cieguita que por milagro escapó de la incursión

subversiva al pueblo de Laramate” (91). Al final, este balance de información y duda queda en manos del lector quien debe continuar la investigación fuera del texto literario o sacar un juicio propio de los argumentos que presenta Evangelina dentro de la ficción:⁴ ¿hay un interés en convertir a Manuel en chivo expiatorio para proteger a alguien más? ¿Es la apasionada defensa de Evangelina suficiente para desacreditar todo el trabajo de la “CVV” con base en solamente un caso? No obstante, tan importante como estas preguntas es advertir que la coyuntura sociopolítica y la apertura para un intercambio de versiones ayudarían no sólo a las familias afectadas, sino a todo el país a entender mejor lo ocurrido durante los años 80, como también todo lo nuevo que debemos saber desde la publicación del *Informe final* de la CVR, hace ya casi dos décadas.

Un proceso de debate histórico puede ser saludable para una democracia y Evangelina se asegura de explicar que lo que no quiere es defender ciegamente o exculpar a Manuel, sino levantar la voz por alguien que ya no la tiene. Lo que parece sugerir el texto con esta aproximación es que parte del proceso de justicia transicional es precisamente hacerle justicia a la escritura de la memoria. Por ejemplo, Evangelina explica sobre la fragilidad de la misma: “El poder quiere olvidarla, las mayorías pugnan por mantenerla firme, eso es lo que se me ocurre pensar. La ONG para la cual trabajo se ocupa precisamente de organizar la memoria de lo vivido por esta nación, asumiendo una orientación culturalista, hasta poscolonialista” (144). Esta reflexión coincide con lo que observaba Theidon sobre la importancia del trabajo comunitario a nivel local: “the local is the realm of solution, the global the realm of imposition and domination” (296). Parte de la búsqueda de justicia para muchas familias es precisamente no aceptar la imposición de una versión limitada de lo ocurrido con sus familiares, sino recibir una verdad completa que los ayude a aceptar, entender y procesar qué pasó y dónde terminaron sus familiares. Evangelina se explica claramente anticipando los posibles ataques por su iniciativa:

Yo no quiero justificar nada. Señor carnicero, no voy a negar aquí las culpas de Manuel Bajalqui, que por lo demás, como ya tengo dicho, creo que con su fin corporal las pagó todas. Aunque en lo fundamental estoy de acuerdo con lo que en parte dice la CVV, lo que no calza conmigo es que tanto sus conclusiones como lo que en parte dice MD es porque asumen sus informes como verdades puras cuando sólo existen verdades impuras; pues, se sabe, así se refiera a cosas reales y desde una perspectiva privilegiada, siempre la palabra se cargará de sospechas, de dudas . . . (310-1)

4 Es posible que la historia de Manuel Bajalqui esté parcialmente inspirada en el caso de Hildebrando Pérez Huaranca y la matanza de Lucanamarca. Para una contextualización del caso ver *La verdad y la memoria: Controversias en la imagen de Hildebrando Pérez Huaranca* (2012) de Mark R. Cox.

Desde la perspectiva de Evangelina, la lucha por la memoria claramente es también la lucha por la justicia, aunque ésta lleve a las personas hasta su propia muerte. Al suicidarse y perder su propia voz, deja a la sociedad (o al lector) la gran responsabilidad de seguir cualquier pesquisa necesaria o de interés, sabiendo que ella hizo todo lo que estuvo a su alcance.

Sulca y el cuestionamiento de la realidad

La novela se refiere al personaje de Hermenegildo Sulca (uno de los cinco amigos) como un ser extraño y advenedizo cuya identidad a lo largo de los capítulos coincide con diversos personajes. Aparece al inicio de la novela en el momento en el que los cuatro amigos (Fabián Narvaez, Fidencio Molina y los hermanos Ricardino Laura y Satuco Laura), que también han retornado a Ayacucho luego de muchos años, se encuentran en una cantina y empiezan a recordar los años de la “hecatombe” (27). Su aire misterioso, conocimiento de pormenores de las vidas de personajes y su aspecto físico intrigan a los cuatro amigos y al narrador mismo quien tampoco tiene clara la verdadera identidad o naturaleza de este personaje. En este último apartado observaremos cómo es que Hermenegildo Sulca aparece en la novela como un fantasma colectivo que simboliza no sólo los conflictos en una sociedad de posguerra que aún ve sus procesos de justicia pendientes, sino también las diferentes realidades en las que viven los sobrevivientes de conflictos armados.

Aunque el personaje se presenta ante los cuatro amigos bajo el nombre de Hermenegildo Sulca, sus señas en realidad coinciden con las de por lo menos cuatro personajes identificables: Manuel Bajalqui, Saturnino Delgadillo, Gabriel H. Sulca y hasta el famoso “Helme” de la canción tradicional ayacuchana. Asimismo, a lo largo de la novela se le describe como un fantasma que “ha recorrido la vida y la muerte” (198), que tiene “cadavérico cuerpo” (142) y que “vive” en una hoyada⁵ llamada Andamarca (107). El mismo personaje admite su naturaleza fantasmal y cuenta a los cuatro amigos parte de su muerte: “a mí me enterraron vivo por equivocación, si bien es cierto que me desmembraron, me seccionaron; pero no sabían que yo tengo la capacidad de juntar mi cuerpo después de ser despedazado, porque no me estrujaron de lleno el corazón” (128). Es así que tenemos la figura del desaparecido encarnada en un personaje múltiple que llega a ser Sulca. García Ysla explica lo siguiente sobre el personaje:

5 Territorios abiertos usados como fosas clandestinas o sitios de entierro.

Hermenegildo Sulca se aparece como el enlace entre la memoria y el olvido, entre la vida y la muerte. Este personaje inasible, fantasmal y coprolálico es una suerte del despertar del olvido a la parte más dantesca del tiempo de la violencia. Como una suerte de tamiz o criba que separa esa memoria poco significativa, casi simplificada y nos muestra una memoria descarnada, violenta. (177)

Efectivamente, también llama la atención que, a lo largo de la novela, Sulca exige a diferentes personajes que lo “reconozcan” repetidamente, como si quisiera despertarlos de un sueño en el que él ya no existe. Sin embargo, lo que quiero resaltar de este personaje es su carácter transformativo y aglutinador de diferentes experiencias, lo cual apunta a encasillar en un personaje ficticio a miles de desaparecidos que por su naturaleza desconocida quedan fuera de discursos oficiales a nivel nacional y sólo “sobreviven” en la memoria colectiva local.

A causa de su naturaleza fantasmal inclusive se le vincula con un “legítimo qarqaria” (50). Según la creencia popular en regiones andinas, los *qarqarias* o *qarqachas* son seres condenados a vagar por campos y caminos por haber cometido incesto, y que sufren transformaciones en llamas, vicuñas u otros animales (Morote Best 133). Lo interesante del caso en la novela es que a la explicación que ofrece Sulca sobre estos espectros, se añaden algunos elementos significativos en cuanto al contexto político posviolento: “Ya va a ser la una de la mañana, preciso momento cuando andan sueltos todos los seres del más allá, como decir aparecidos o *qarqachas* por haberse cachado a su propia madre, terrucos matados como perros, cachacos reventados de una explosión, almas en pena de la más diversa condición” (105). Lo que sobresale de esta cita es que, al tabú social del incesto, también se le ha añadido el de la violencia o el terrorismo: los *qarqarias* contemporáneos parecen serlo también como castigo por haber sido senderistas o militares en la zona. Ésta es una de las formas en que lo local es esencial para entender la culpa y condena social que sufren aún después de muertas las personas que han “pecado” en contra de la vida humana o la comunidad. Asimismo, a través de la caracterización de Sulca como *qarqaria*, se puede observar un intento por comprender mecanismos de justicia (o la búsqueda de la misma) que “ocurren” fuera de las cortes nacionales o internacionales. El reconocimiento de la condena por sus pecados (o crímenes) hace de la inclusión de estos “aparecidos” una interpretación regional relevante y profunda al fenómeno de los desaparecidos en el contexto peruano.

La novela también hace un esfuerzo por obligar al lector a involucrarse y sumergirse en los hechos ocurridos en el pasado reciente peruano y asigna al personaje de Sulca como el encargado de liderar esta experiencia. Luego de hablar sobre algunos conocidos en común que fueron desaparecidos, Sulca propone a

los cuatro amigos visitar la “Casa Rosada”, el cuartel militar “Los Cabitos” y luego algunas fosas clandestinas cercanas a estos centros militares.⁶ Sin embargo, antes de llegar a estos sitios del horror, Sulca invita a los amigos a pasar por su casa, que está en camino, donde los hace ingerir un brebaje o “remojado de culebra y pelos de muerto que sirve para sanar enseguida la borrachera” (106) que agudiza sus sentidos y los hace experimentar un lúcido encuentro con la violencia militar de los años 80. Esta confrontación con el pasado se reconstruye en escenas donde la crueldad y la violencia del ser humano todavía se evidencian en alaridos de torturados, la visión de un hombre colgado semidesnudo y la llegada de una tanqueta trayendo más detenidos (108). Es así que luego de beber el “menjunje”, visitar los cuarteles y experimentar anacrónicamente el pasado intacto, los cinco amigos se dirigen a Paracuti, un abismo “botadero de basura” donde tanto senderistas como agentes del Estado se deshacían de los cadáveres de las víctimas. Esta escena en la novela se narra mediante un lente obnubilado que confunde a los personajes y los hace cuestionar la realidad que están presenciando:

está evidente todo lo ocurrido en aquellos años como si fuese de reciente data. Es posible que sean los efectos del preparado que Hermenegildo les hizo tomar sin ningún reparo. Tal vez sean simples visiones, que los amigos ni siquiera se hayan movido de la cantina. Puede que no sea otra cosa sino que estén soñando, aunque lo que observan es palpable, mensurable, visible . . . están allí regados los cuerpos desgarrados, abaleados, descoyuntados, seccionados, frescos o en descomposición . . . (140)

Es importante notar en la descripción la fusión entre un lenguaje objetivo en palabras como “evidente”, “palpable” o “visible” y lenguaje más incierto o increíble como “visiones”, “efectos” o “soñando”. La ambivalencia de este espacio infernal ligado al horror que observan desespera a los amigos y los impulsa a cuestionar lo que están viendo: “Narváez se rasga la piel para saber que siente, que vive, que no está soñando, que todo lo que oye es cierto” (127). Es significativo “el acto de rasgarse la piel” para comprobar si siguen vivos puesto que parece que momentáneamente se han suspendido sus sentidos. Paralelamente, a lo largo de la escena, el narrador pretende agudizar los sentidos del lector mismo haciendo énfasis en lo auditivo (los gritos de los torturados), lo visual (los huesos quebrados y quemados de los desaparecidos) y el olfato: “olor a podrido y cosas en descomposición” (106). Esta excursión hipersensorial, e hiposensorial a la vez, hacia el horror del proceso completo y pormenorizado de las desapariciones

6 Ubicados en Huamanga, Los Cabitos y La casa rosada son dos instalaciones militares donde integrantes del Ejército y miembros de la unidad de inteligencia “[e]fectuaron detenciones arbitrarias, torturaron, concedieron libertad selectiva, desaparecieron y ejecutaron extrajudicialmente por lo menos a 136 ciudadanos” entre los años 1982 y 1983 (*Informe*, Tomo VII 52).

forzadas por parte de las fuerzas armadas (arresto, tortura, muerte, desaparición) dirigen la lectura a un clímax en el que el narrador culmina el episodio con un cuestionamiento total de lo narrado y de la realidad misma:

No se puede saber con certeza el momento en que los cinco amigos, aupados en la mítica mototaxi, volvieron de Paracuti a la cantina. Ni se podrá saber cómo es que tuvieron la capacidad de recuperar sus cinco sentidos, uno de los cuales parecían haberlos perdido por completo cuando estuvieron de cara al abismo aquel. No podría decirse tampoco si realmente salieron de la cantina o simplemente se fueron a tomar la bebida que les convidó Hermenegildo Sulca. (163)

Sugerimos que esta aproximación está orientada a sacudir en cierta manera la resistencia sensorial del lector, de modo que se pueda crear una reflexión más profunda sobre la violencia política que, como ya mencionamos, ha sido muy estudiada y representada en cientos de novelas y películas. La propuesta de Pérez pretende agregar algo adicional que recuerde al lector cómodo que estas víctimas siguen siendo reales y que, efectivamente, en el Perú de posguerra se viven realidades opuestas.

A modo de conclusión, el autocuestionamiento de la ficción posmoderna aparece desde adentro en *Criba* para ser vinculado al contexto de la violencia que, luego de décadas, ha sido muy estudiada pero aún se inmiscuye en las vidas de sus ciudadanos. Según la novela, esto se debe a que el proceso de justicia todavía sigue pendiente para miles de peruanos y que, a pesar de vivir en un periodo de posconflicto armado donde la paz parece reinar, hay miles de personas como Evangelina que siguen profundamente afectadas sin poder tener una vida verdaderamente pacífica. Personas que se encuentran en una suerte de “momento espectral”, que para Jacques Derrida significa un momento que ya no pertenece al tiempo (XIX) y en el que, según la novela, reina la injusticia y la verdad (o su búsqueda) parece todavía estar suspendida.

Obras citadas

- Asto Valdez, Paul. “*Criba* y la novela post CVR, o hacia una nueva vertiente en la novela sobre el conflicto armado interno.” *Cuadernos Urgentes: Julián Pérez Huarancca*. Editado por Edith Pérez Orozco y Jorge Terán Morveli. Distopía Editores, 2018, pp. 143-167.
- Burt, Jo-Marie. “Guilty as Charged: The Trial of Former Peruvian President Alberto Fujimori for Human Rights Violations”. *The International Journal of Transitional Justice*, vol. 3, núm. 3, 2009, pp. 384-405. <https://doi.org/10.1093/ijtj/ijp017>

- Cox, Mark R. *La verdad y la memoria: Controversias en la imagen de Hildebrando Pérez Huarancca*. Pasacalle, 2012.
- Derrida, Jacques. *Specters of Marx: The State of the Debt, the Work of Mourning and the New International*. Traducido por Peggy Kamuf. Routledge, 1994.
- Flores, Amancio. "El encuentro y la duración del amor en *Criba* de Julián Pérez". *Desde el Sur*, vol. 11, núm. 2, 2019, pp. 201-216. <https://doi.org/10.21142/des-1102-2019-201-216>
- Franco, Jean. *Una cruel modernidad*. Traducido por Víctor Altamirano. Fondo de Cultura Económica, 2016.
- García Ysla, Eugenio Mario. "Criba y la memoria como búsqueda de la verdad". *Cuadernos Urgentes: Julián Pérez Huarancca*. Editado por Edith Pérez Orozco y Jorge Terán Morveli. Distopía Editores, 2018, pp. 169-188.
- Gordon, Avery. *Ghostly Matters: Haunting and the Sociological Imagination*. University of Minnesota Press, 1997.
- Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*. Comisión de la Verdad y Reconciliación, 28 de agosto de 2003.
- Morote Best, Efraín. *Aldeas sumergidas: Cultura popular y sociedad en los Andes*. Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas, 1988.
- Pérez, Julián. *Criba*. Editorial San Marcos, 2015.
- Reporte Estadístico n°1, Registro Nacional de Personas Desaparecidas y de Sitios de Entierro al 31 de diciembre de 2020*. Dirección General de Búsqueda de Personas Desaparecidas.
- Taylor, Diana. *Disappearing Acts: Spectacles of Gender and Nationalism in Argentina's "Dirty War"*. Duke University Press, 1997.
- Theidon, Kimberly. "Editorial Note". *The International Journal of Transitional Justice*, vol. 3, núm. 3, 2009, pp. 295-300. <https://doi.org/10.1093/ijtj/ijp022>